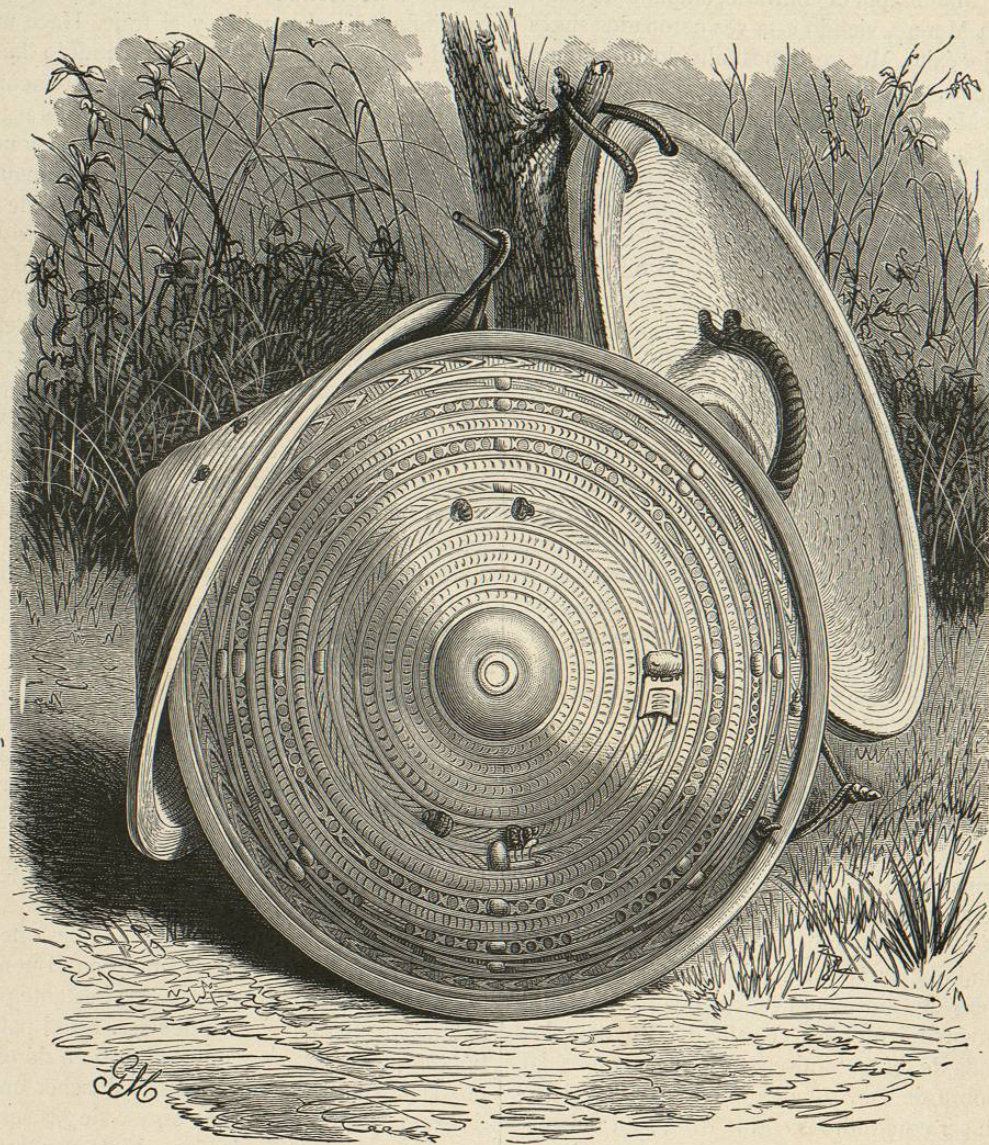


orientales ecuatoriales, desde Sofala hasta Zanzíbar, puede en gran parte atribuirse á que las expediciones guerreras de estas hordas de bandidos ofrecían siempre á los comerciantes material en abundancia para formar sus caravanas de esclavos. Sabemos, en efecto, que el pueblo de los yaos era todavía en 1868, es decir cuando Livingstone visitó por vez primera este país, el «agente más activo de los mercaderes de esclavos,» y si en estos últimos años hemos tenido mejores noticias de los progresos de este pueblo, puede señalarse como una de las causas que á ello han contribuido el



Escudos de los somalís (Christy Collection, Londres) ¹/₃, de su verdadero tamaño.

retroceso que una inspección severa ha hecho sufrir á la exportación de esclavos en las plazas de la costa. Indudablemente también las animadas relaciones con los tratantes en esclavos han contribuido en alto grado á mejorar el armamento de este pueblo guerrero. Livingstone describe ese comercio en los siguientes términos: «Los guías de caravanas de Kilwa llegan á una aldea wayao, enseñan los géneros que consigo han traído y por ello los ancianos del pueblo, les obsequian espléndidamente y les dicen que tengan la bondad de esperarse, pues se van á juntar los esclavos sufi-

cientos para comprarles todas las mercancías. Entonces se organiza una expedición guerrera contra los manganjas que poseen pocos fusiles, y á veces ninguno, mientras que los wayaos expedicionarios los reciben en abundancia de sus huéspedes de la costa. Algunos de los árabes de la costa, de baja ralea, que en nada se diferencian de los wayaos, forman también parte de aquella expedición de guerra y de rapiña, en la cual hacen negocios por cuenta propia.» Estas expediciones organizadas para robar hombres no se dirigen únicamente contra los manganjas, sino también á menudo contra los mismos wayaos de su raza. La extendida ganadería de éstos con sus inevitables consecuencias de establecerse ilegítimamente en praderas extranjeras y del robo de rebaños, puede contribuir á estas hostilidades. Así sucede que en estos bancales de la costa perfectamente si-

tuados, fértiles y abundantes en aguas, se encuentran á veces extensiones de 10 millas geográficas de ancho deshabitadas, á pesar de que los antiguos hogares, emplazamientos de aldeas y campos cultivados que en ellas se encuentran dan á comprender que en otro tiempo tuvieron una población numerosa. También sucede que algunos caudillos inteligentes comprenden perfectamente cuán funesto es este estado de cosas y así nos explicamos que Mataka, el amigo de Livingstone, ordenara á sus gentes saqueadoras que devolvieran á los manganjas unos rebaños de bueyes que les habían arrebatado de sus pastos. Quizás este mismo sentimiento de virilidad y de perseverancia que entre los wayaos y sus compañeros ha despertado este constante estado de guerra, ofrece un terreno más propicio para la civilización del que encontramos entre los oprimidos, desanimados y

desmoralizados manganjas. Las experiencias hechas por los misioneros en el territorio del Rovuma parecen confirmar esta opinión. Sería, por ejemplo, injusto no hacer constar que una excepción de todas las descripciones que hemos visto de los wayaos, por cierto no demasiado desfavorables, la constituye el caudillo Matola de Newala que es una rara y brillante aparición en la galería de sombríos africanos y un poderoso apoyo, desde hace algunos años, de la obra de las misiones inglesas en estas comarcas. Algunas tribus han aprendido, de los laboriosos pueblos que han sojuzgado, el arte de fabricar ciertos utensilios, lo cual demuestra cuán hondas raíces han echado en todas partes las artes de la paz (véanse los grabados de las págs. 248 y 261). Como prueba de agradecimiento á los tan injuriados wayaos, debemos decir que su afán por viajar y su habilidad en los viajes pueden ser explotados en pro de los exploradores europeos. Bombay que guió casi á todos los expedicionarios que salían de Zanzíbar, desde Burton y Speke hasta Stanley, y Tschuma y Wainwright, que en 1874 condujeron el cadáver de Livingstone á la costa, pertenecían á la tribu de los yaos ó wayaos y se han hecho acreedores á grandes alabanzas. Entre los conductores de caravanas de Bagamoyo figuran por regla general muchos individuos de esa tribu.

CAPITULO V

PUEBLOS GUERREROS Y PASTORES DE ORIGEN HAMITICO.
(GALLAS, SOMALÍS, MASAIS) (1)

«Un pueblo guerrero y salvaje que, unido bajo un caudillo, hubiera podido conquistar no sólo la Abisinia, sino toda el Africa.»

KRAFF.

Rincón Nordeste de Africa. — Clima, flora y fauna del país de los gallas y de los somalís. — Tipo mestizo del pueblo. — Traje, armas y adornos. — Leyendas sobre su origen y descendencia. — Huellas históricas.

En el número de pueblos pastores, guerreros y ladrones del Este, han de ser también colocadas algunas tribus que, procedentes del gran grupo de pueblos africanos de los hamitas, comprenden, al Sud, verdaderos negros y al Oeste pasan tan íntimamente por encima de grandes pueblos negros que, á pesar de las diferencias lingüísticas y de algunas pequeñas etnográficas, han de ser clasificados en este lugar. Tales son los gallas, los somalís y los masais.

El país de los gallas y somalís comprende el rincón Nordeste del Africa, entre el cabo Guardafui y el ecuador y entre

(1) El nombre de *gallas* (que también se escribe *galas*) significa, según Bruce, pastores, según Kraff inmigrantes y según Ricardo Brenner puesto en boca de los árabes equivale á infieles ó bárbaros. De todas maneras es un nombre que han recibido del exterior, sea de los abisinios sea de los árabes, y no una idea firmemente etnográfica, puesto que con la denominación de gallas se designa también á los masais y á los wakuafis. El nombre que ellos mismos se dan es el de ormas ú oronas (Kraff) ó ilmornas (Isemberg) que significa hombres, varones, hijos de hombres. Isemberg, durante su larga permanencia en Zeila y sus alrededores, no pudo comprender el sentido de la palabra somalís, pero recuerda que un pueblo de Kordofán, junto á Dairi, llevaba el nombre de tumalis, que se parece á aquél como el de Dongola se parece al de Danakil. Según Fischer, los masais se dieron á sí mismos este nombre. J. M. Hildebrandt hace derivar el nombre de masais de *masa*, posesión, en cuyo caso significaría reino, lo cual no es verosímil. Oigobis ú orloigobis, que así se denominan á sí mismos ellos y los wakuafis, significa fuertes, soberanos. Por último, wakuafis es nombre que deriva de la palabra kisuaheli *kafí*, remo de lancha, porque sus lanzas de ancha hoja tienen la forma de remos.

la costa y la línea divisoria de aguas, todavía desconocida, que separa el Océano Indico del Nilo blanco. Este país es principalmente un país de mesetas y está cerrado al Norte por una baja cordillera que corre paralela á la costa y desde la cual se llega á ésta por medio de un territorio que va bajando suavemente. Su altura máxima es en algunos puntos de 800 metros y en otros de 1,500. Desde esta cordillera, abierta por muchos lados, se ve al Sud un territorio cubierto de colinas que forman en él verdaderas ondulaciones, cerrado á su vez por una segunda cordillera que, «poblada de vegetación en sus partes elevadas, no presenta ninguna sima, ningún valle: únicamente unos senderos escarpados, de difícil piso y no muy largos, por algunas de cuyas partes sólo pueden caminar los camellos, conducen á los puntos elevados» (Haggemacher). El magnífico verdor de esta cordillera, que en Gan Libah alcanza una altura de 3,000 metros, forma hermoso contraste con las costas Norte desprovistas de toda vegetación y con las anchas llanuras de las praderas somalís, pobladas de rebaños, que se nos presentan como superficies, ora planas, ora onduladas é interrumpidas por grandes colinas. Esta comarca sin piedras recuerda la del Sudán, con la sola diferencia de que su suelo en vez de ser de tierra negra es de limo rojo. En esa meseta y en ese territorio de colinas apenas hay una corriente de agua constante y en pocos puntos aparecen en los tiempos de lluvia aguas corrientes continuas. Cierto que durante las grandes tempestades se forman impetuosos torrentes que con razón ha calificado un viajero de avalanchas de Africa, pero esta agua desaparece con la misma rapidez con que se presenta. Mucho más abajo, es decir en los puntos en que estas aguas se juntan, encontramos por vez primera ríos caudalosos y constantes que se dirigen hacia el mar y en cuyas orillas son de ver estrechas extensiones de tierra pobladas de espesos bosques de higueras, tamariscos y acacias. El mayor de estos ríos, el Wobi ó Webbi, lleva sus aguas tan enrojecidas por la tierra que parecen «una corriente de sangre sucia» (presagio harto exacto del ensangrentado país somalí), á un pantano oculto detrás de la cordillera costanera de Brava. Cuando los somalís hablan de agua, se refieren á grandes depósitos practicados en las rocas ó rodeados de muros, cuya provisión de agua basta para satisfacer durante cinco ó seis meses las necesidades de toda una tribu y de sus rebaños.

El período de lluvias dura, en la costa, desde diciembre hasta principios de mayo, mientras que, en el interior, el período más fuerte (*gu*), en el que alternan las lluvias no interrumpidas por espacio de dos ó tres días con pausas de uno ó dos, dura desde abril á junio, sucediéndole el período débil (*haga*) con sus chaparrones poco intensos, pero no por eso menos favorables al crecimiento de los vegetales, que se prolonga desde julio hasta octubre. En este último mes comienzan los turbiones y las lluvias torrenciales cada vez más débiles (*keren* y *dair*) y por fin viene la época de sequía desde enero á mayo inclusive, es decir el verano (*ajjal*). El bienestar de la población, ó mejor la prosperidad de los rebaños, depende de que esta estación termine oportunamente, es decir á fines de marzo. La temperatura es en estas costas más oceánica que en las del mar Rojo, pues la elevación de la misma está siempre templada por las brisas marinas. En el interior, la diferencia entre el calor del día y el fresco de la noche es notable y llega á veces á ser de 12 á 18 grados. El calor en la época de sequía puede llegar hasta 32 grados centígrados y el frío del período de las lluvias á 8, pero por regla general el clima de esas mesetas es templado y fresco.

La flora es en la costa excesivamente pobre y muy parecida á la del Samhara, predominando en ella los euforbios, las mimosas, las coloquintidas de gran tamaño, pero en forma de candelabros. Únicamente en las márgenes de los ríos crecen frondosas arboledas. En medio de este calor tropical no hay una hierba siquiera que no despida fuerte aroma y ya de antiguo se ha querido ver en esa comarca «la costa de los buenos perfumes.» En el interior prevalece la



Un guerrero masai completamente vestido y equipado (de una fotografía del Dr. Fischer)

sabana, las praderas apenas interrumpidas por grupos de mimosas que hacen de estos territorios los mejores pastos de la tierra. «Es en extremo lamentable — dice Krapf — que estos hermosos países no sean mejor explotados, pues los gallas poseen territorios tan fértiles, tan ricos en aguas y en pastos y tan á propósito así para la agricultura como para la ganadería, que en Europa es imposible formarse idea de tales excelencias. Allí el clima es tan templado y tan sano como en Italia ó en Grecia.» En Wobi aparece por vez primera el árbol característico del Africa central,

es decir el baobal. En las montañas crecen tres distintas especies de árboles turíferos, entre ellos el *djan*, buscado también como árbol de sombra, cuya corteza oscura, empleada asimismo como sustancia coriácea, agujereada, produce el más fino de los inciensos (*liban maskati* ó *liban maheri*). Hildebrandt encontró en el país somalí el *sangre de drago* y el álamo, que no eran explotados. Exceptuando las hierbas de pasto, el número de plantas indígenas útiles es reducido. De una *aristolochia* y de un euforbio llamado *wabey* se saca el veneno para las flechas. Al Oeste, se encuentra el frondoso sicomoro que los gallas consideran como sagrado: según ellos, los que huyendo del enemigo se refugian debajo de su sombra, encuentran allí seguro asilo. El árbol *meswag* ó *raak* abunda mucho: los creyentes se lavan con su resina los dientes, pues toda plegaria dicha con la boca limpia es cuarenta veces mejor que cualquier otra. Los árboles de goma se encuentran en todas partes. En Wobi hay muchas vides, limoneros, almendros ó higueras silvestres, etc., restos de cultivos en otro tiempo florecientes, cuya existencia está, además, corroborada por numerosas fuentes y cisternas. La actual agricultura de los somalís es mucho más pobre, pues no produce otros frutos que la durra, el maíz, el trigo y los guisantes, pero allí donde la agricultura es objeto de un cultivo celoso, como sucede en los territorios de los gallas del Sud en Tana y Sabaki, aparece una fertilidad extraordinaria. Ricardo Brenner llamó á este país el más fértil y mejor roturado de cuantos vió en sus viajes. En el país de los somalís no se cultivan los cereales.

La fauna del país de los gallas y del de los somalís es numerosa. De los carnívoros, el más temido es el leopardo, pues él solo mata triple número de hombres que el león (*libah*) que, con abundar más, es menos temido. De aquí que cuando los somalís atraviesan de noche algún cauce sombrío de algún río ó cualquier otra localidad sospechosa, pónense el escudo á las espaldas para resguardarse de los leopardos. Los gallas cogen y doman los gatos de algalia para comerciar con ellos: en cuanto á los gatos domésticos y á los perros no los quieren por impuros. El babuino abunda de un modo extraordinario gracias á lo mucho que allí se le respeta, pues los somalís como los árabes lo consideran un ser maldecido por Dios. El elefante es generalmente cazado por un grupo de indígenas, uno de los cuales arroja la lanza, mientras otro corta con la espada un tendón al animal herido: también se procura matarlos, lo propio que al rinoceronte, por medio de lanzas envenenadas: la piel de este último animal es muy apreciada, pues con ella se fabrican escudos. La cebra y el asno salvaje no se cazan ni se doman, y tampoco se toca para nada al jabalí. A los antílopes, de los cuales hay muchas clases, sólo se les persigue por su carne. Los somalís cazan á caballo el avestruz, que tanto abunda en su país; los ramis lo cazan á pie con flechas envenenadas; pero nadie come de su carne. Las gallinas, los palomos y toda clase de aves son consideradas como impuras: únicamente se tiene en estima el pájaro miel que con sus gritos guía al hombre hasta las colinas de las hormigas de miel ó hasta las colmenas labradas en los árboles viejos y que al propio tiempo le avisa con un graznido especial que debe guardarse del león. Los harars se dedican á la agricultura. El somalí se resiste á comer toda clase de reptiles, anfibios y peces.

El pueblo de los gallas, cuyo carácter en conjunto puede adaptarse perfectamente á la definición muy general pero inofensiva de Guillaín, «seminegros, semiárabes,» posee en ese extenso país el rincón Nordeste de Africa desde la fron-

tera Norte de los suahelis hasta Abisinia y se extiende hacia el interior del continente sin que se sepa hasta dónde. La situación histórica de los gallas con relación á los abisinios y aun con relación á los árabes de la costa que, durante muchos años, han ejercido el monopolio de proveer á Europa de las tan solicitadas curiosidades africanas, nos obliga á mirar con cierta desconfianza los antiguos juicios que sobre los gallas se han emitido y que casi exclusivamente proceden de fuentes enemigas. Los somalís que habitan el país del mismo nombre que forma el rincón Nordeste de Africa, los pueblos pastores de los masais y de los wakuafis que vagan por los alrededores del Kilimandscharo y del Pangani hasta muy adentro de Africa, y probablemente también los wahumas y sus afines que han sojuzgado extensos territorios negros en la región de los lagos-fuentes del Nilo, todos son fracciones de los gallas perfectamente separadas desde el punto de vista geográfico. Dada la vaguedad de la palabra gallas, se han podido abrigar algunas dudas acerca de las fronteras dentro de las cuales este grupo de pueblos está encerrado, sobre todo teniendo en cuenta que la mayor parte de las tribus que lo componen son tribus nómadadas. Krapf, confundiendo los con los watutas de la región del Nyassa y del Tanganika, pretende que vuelven á aparecer estos pueblos al Sud de Unjamwesi. Prescindiendo de la semejanza externa que parece ponerlos en relación directa con algunos pueblos de Africa, especialmente con los abisinios y los nubios, puede asegurarse que el Sabaki es la verdadera frontera meridional que los gallas propiamente dichos no han pasado, mientras que al Norte la cuña de gallas mahometanos que se ha introducido entre Schoa y la Abisinia verdadera señala su ramificación más septentrional. Los schohos, que Munzinger incluyó en el número de aquellos pueblos, vendrían á formar los puntos más avanzados hacia el Norte, junto á las fronteras septentrionales de Abisinia. Las ramas sueltas se extienden hasta mucho más allá: las fronteras de los masais comienzan en Ugogo; los wakuafis residen alrededor del Baringo y de Naiwascha; y en cuanto á la difusión de los wahumas por los territorios de los lagos del Nilo, nos ocuparemos de ella en el siguiente capítulo.

En los gallas no encontramos un tipo de pueblo único, pudiendo desde luego ser designado como pueblo mestizo, á semejanza de lo que acontece con los abisinios, con los cuales tienen muchos de aquéllos tanta semejanza que es muy difícil distinguirlos. Lo que de común existe entre los gallas no es antropológico sino etnográfico. Hildebrandt los coloca, así antropológica como etnográficamente «entre los arios y los africanos,» escribiendo desde el país de los somalís: «A pesar de que traté durante muchos años este conjunto complejo de pueblos, siempre fué cosa difícil para mí distinguir á primera vista si un individuo era árabe-hadrami de color oscuro ó somalí, gala, dánkali ó bedja, ó un masai, nikamba ó m'djagga.» Las mujeres que en los harems y barracones de baile de Egipto y de Nubia son tan estimadas como abisinias, con más frecuencia tienen en sus venas sangre galla que sangre abisinia. En Zanzibar también son las muchachas gallas muy codiciadas por los europeos y por los indios. «El único distintivo que caracteriza á casi todos los individuos de estas tribus de pastores y de ladrones, son las muchas cicatrices. La rama de los somalís tiene, además, una cabellera espesa, á la que dan un color amarillo gracias á cierto afeitado de cal» (Haggemacher). Por lo demás, vemos con frecuencia reproducido en una misma familia el tipo árabe ó abisinio, con la cara estrecha, la nariz aguileña, la boca pequeña y los labios comprimidos, junto con el tipo etíope que se distin-

gue por la nariz chata, por los labios gruesos y por los pómulos pronunciados. Von der Decken encontró á los gallas del Sud de colosal estatura comparados con los negros, viendo en ellos el ideal de la esbeltez y de la fuerza viril. Fischer hace notar la excesiva delgadez de los wakuafis y dice que vió entre los masais, al lado de hombres con rasgos europeos, otros con rostros embrutecidos como los de los negros. La marcada división en tribus de distinta categoría demuestra una diferencia de origen y la historia de los gallas tiene leyendas de emigraciones y de poblaciones primitivas, leyendas que indudablemente deben tener algún fundamento. Ciertamente que los gallas de la costa se muestran excesivamente reservados para con los extranjeros, de la misma manera que en el interior se diferencian perfectamente de los negros ya por la naturaleza del país ya por los usos y costumbres más diversos; pero poderosas hordas de emigrantes han penetrado más de una vez en el interior de estos pueblos y sea cual fuere la población primitiva que allí pudo haber existido, es lo cierto que en la actualidad por las venas de la que allí se encuentra circula sangre árabe. Por esto no es de extrañar que varíen el color del cuerpo desde el café con leche claro al moreno subido (negro), la cabellera desde la fieltrada hasta la rizada, y el tipo físico desde el caucásico hasta el negro «más negro y más repugnante» (Burton hablando de los isas). Pero entre los gallas puros predomina el color claro en la piel, y según parece se reconoce por este mismo color á los esclavos gallas de Abisinia. Un tipo que prevalece entre los somalís septentrionales de la costa está descrito por Burton en los siguientes términos: «Una cabeza más bien larga que redonda, una frente perfectamente formada, los ojos y las cejas grandes y hermosos, los pómulos y la mandíbula inferior salientes, los labios gruesos y la barba prominente, el pelo de la cara escaso, y el cabello duro y muy ensortijado.» De la misma manera describe Revoil á los medschertins, á quienes consideró como somalís puros. Guillaín pretende que por regla general el tipo negro aparece más marcado en el Sud que en el Norte, lo cual no es inverosímil y ha sido tanto más confirmado por Fischer cuanto que éste encontró á los masais y á los wakuafis las más de las veces de color moreno oscuro y pocas veces de color claro; al paso que von der Decken dice que los gallas del Sud se parecen poco á los negros. Su descripción del carácter general de los somalís coincide con la anterior, pero dice que los ojos son bastante pequeños y hundidos y añade: anchas fosas nasales, dientes rectos, barba á menudo mirando hacia atrás, ángulo facial de 80 á 84°, miembros flacos, pantorrillas apenas pronunciadas, estatura media en los hombres 1'60 y en las mujeres 1'60 metros. Además, la estructura total de los hombres resulta flaca en proporción á su estatura.

Decir algo exacto por punto general acerca del carácter de los gallas es difícil por dos razones: primera, porque, como hemos visto, su situación geográfica dificulta la adquisición de noticias seguras; y segunda, por la gran diferencia que existe entre los gallas del Norte y los del Sud. Los primeros, y especialmente los wollo-gallas mahometanos, siempre en relaciones hostiles con los abisinios, han sido constantemente descritos como pueblos fanáticos, desleales y aficionados al robo, al paso que los gallas paganos del Sud se distinguen por su lealtad, por su franqueza y por su probidad. Los exploradores modernos como von der Decken y Kinzelbach, se han quedado admirados al ver que los gallas meridionales de la costa no tenían las malas cualidades que se les habían atribuido y dicen que su aspecto es simpático y atrayente.